

"Leyendo al camarada Nikita". (7)

José
Marín
Cañas



"La Gran Purga" a la que hemos llamado, no peyorativamente, "Fiesta Mayor", comenzó el 19 de diciembre del año 34 y abarcó hasta la muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953. En los 19 años que duró aquella demencia, ocurrieron casos extraordinarios que forman una sintomatología de lujo, para un diagnóstico acertado. Amén de los procesos ya registrados, de las matanzas, persecuciones, destierros y degradaciones, hay detalles que son encantadores. Sergo Ordzhonikidze, el íntimo de Stalin, se pega un tiro, desesperado por la ráfaga de locura fúnebre que envolvía a la patria. Gamarnik, jefe de la Dirección Política del Ejército Rojo, no fue ejecutado. (Kruschef aclara el dato) Cuando abrieron la puerta para llevárselo, estaba parado frente a ella, con la pistola en la sien. No tuvo nada más que apretar el gatillo. Rikov, (no debe confundirse con Kirov) fue fusilado, habiendo sido Presidente del Consejo de Comisarios. Como se ve, ni aún cambiando la colocación de las letras en el apellido, se salva el soviético del Patíbulo. La flor y nata del Partido, se suprimió con inusitada violencia. En tiempos de la guerra, todo lo producido por Ucrania le fue quitado. La asoló el hambre y apareció el canibalismo. (Datos de Kruschef). Kirichenko, mano derecha de Kruschef en Ucrania, describe el hecho así: "La mujer tenía el cuerpo de su hijo sobre una mesa y lo estaba despedazando. Charlaban sin cesar: "Ya nos hemos comido a Manechka. (Marujita). Ahora salaremos a Vanechka, (Ivancito). Esto nos mantendrá algún tiempo".

Las detenciones habían llegado al delirio: En Irkustsk, había 7.000 presos, 11.000 en Kiev, . . . 10.000 en Orel, 6.000 en Odessa, etc., etc. Las epidemias azotaban las acumulaciones de aquellas infelices víctimas y ahorran el gasto y la mecánica del poste de ejecución. Entre los datos más apasionantes de la orgiástica temporada, diremos que después de ser ejecutado el Mariscal Tujachevski, lo fueron, también, los jueces que lo condenaron. La mesa quedó rasa y limpia.

Dentro de la "gran purga", había sin embargo un detalle, —un pequeño detalle,— que no dejaba a los jerarcas cerrar los ojos en un sueño reparador. Era imprescindible, por el buen nombre de la familia, liquidarlo. Así se dispuso la emboscada a Trotsky, que condenado a muerte, había logrado escapar y residía, a la manera de un ermitaño, en Méjico. En el menor número de palabras, diseñaremos el hecho. Beria tenía, cuando recibió el mando de la Chkka, un brillante historial. Obedeciendo las órdenes del amo, planeó y ejecutó el "asunto" con una agilidad y limpieza, que valorizó sus "acciones" hasta el punto de encontrarse digno del cargo supremo, cuando Dios se acordara del Grande y Santo Padre del Pueblo. Ese éxito, fue su perdición.

No le valió su estatura, sus lentes de pincho, su frente despejada, la apariencia de hombre de Estado, tan diferente en todo al renacuajo del antecesor, Yejov. Y procedió con la habilidad y el aseo máximos. Liquidó primero al hijo de Trotsky, León Sedov, residente en París, mediante una maniobra que es un encanto de perversidad llevada al virtuosismo. Ocurrió en una clínica, en París, en la que Sedov estaba internado, por una operación de apendicitis. Muerto el hijo, los anteojos de Beria se asomaron a América. Allí estaba "la pieza mayor". La cacería iba a tener el rango de una película de Hitchcock.

Dos jóvenes, cuya belleza no

estribaba precisamente en la virtud, fueron puestas en acción. Ellas se encargaron de organizar el ataque del pintor Si queiros a la casa del viejo bo-shevique, con ametralladoras. El atentado dió, por balance final, la muerte de unas gallinas y algunos conejos, de la cría que mantenía los ocios del político. Semirenski, adjunto a Beria, ideó un plan más efectivo. Cualquiera lo hubiera confundido con el de Austerlitz. —¡Una verdadera joya!— Se pudo lograr el dato explosivo: Sylvia Agelov era hermana de una secretaria de Trotsky, y además, había estado, de visita a su hermana, en la casa de Coyoacán. Un tal Jacson, que se llamaba Mercader, nacido en Barcelona en el año 4, estudiaba en La Sorbona, y su madre era dama de la G. P. U. Sylvia fue, con los reparos del caso, pero inmediatamente, su amante, y así Mercader entró a la casa del eremita. Traía un artículo (le interesaba tanto el periodismo y la causa) que quería someterlo al juicio de Trotsky. Rehusó el bolshéviqui a ello, pero la insistencia fue apremiante y apasionada y varios días después, llevado de su curiosidad se sentó a revisar, ante la urgencia del "autor", aquellas planillas. El hombre alzó el "piolet", (pico pequeño de alpinista), cerró los ojos, y descargó el golpe. "Nunca olvidaré su grito" —comentó, en el proceso—. Veinte años después, cumplida la condena, con miles de dólares en el bolsillo, (Beria era fiel pagador) salió de la cárcel, llevándose a la doctora del penal, que se había enamorado de él. Aseguró que "el asesinato" lo hizo, porque su madre estaba amenazada de muerte en los Soviets.

El éxito de Beria fue clamoroso. Pero muerto Stalin e iniciada la lucha a dentelladas por el Poder, Beria perdió la partida. ¡Fue una lástima! ¡Una verdadera lástima!

Kruschef nos lo cuenta y vamos a dejar la palabra al ucraniano. Su relato es frío, objetivo. Las palabras tienen esa majestad del león que bosteza en la jaula. "Yo estoy convencido de que si Stalin hubiese vivido mucho más, Molotov y Mikoyan, hubieran encontrado un final desastroso". "Bulganin me dijo: Uno se sienta a la mesa de Stalin y no sabe si volverá a casa por su pie o le acompañarán a dar un paseo... hasta la cárcel". (Al llegar a este punto, Kruschef, prolonga sus recuerdos en una serie de detalles escalofriantes, de la más alta calidad, digna de la que usan los zorros frente al gallinero). Para no hacer esta serie más pesada que de natural es, me acerco a la pústula. Es indispensable, que injerte aquí, a como haya lugar, dos pequeños datos: "Lenin dejó escrito que tuvieran cuidado con Stalin. Y Stalin, recomendó que tomaran precauciones con Beria". Esto es, en la era industrial, y en la ciencia moderna, lo que se conoce como "recomendaciones en cadena". (Tiene un parecido, con la "producción en masa").

Habla, ya de seguido, Kruschef. Se trata de los diálogos que terminaron con Beria. Copio y voy enjutando todo, como quien poda, para reducir el texto al mínimo: "Si, dijo, estoy completamente contigo. ¿Cuál es la posición de Malenkov?". "Estamos discutiendo esto con el sentimiento de Malenkov y Bulganin". "Tendrás mi apoyo total —dijo Molotov— Pero, dime una cosa: ¿qué piensas hacer exactamente?". "Lo primero, relevar a Beria de sus cargos". "Molotov dijo que no era suficiente y agregó: Beria es muy peligroso. Creo que debemos, por así decirlo, recurrir a medidas extremas". Días después, al grupo se unió Kaganovich, que preguntó: "¿Quiénes son "no nosotros"?". "Contesté", dice Kruschef, "Malenkov, Bulganin, Molotov, Saburov y yo". "Yo también estoy con vosotros", dijo Kaganovich". (Tenían mayoría, dice el comentarista. La suerte de Beria estaba sellada). Posteriormente, explica Kruschef, se les unió, dando gritos, posible-

mente de alegría, Voroshilov. (Arreglaron la forma de detenerlo, por medio de la presencia, en una antesala, de 11 Mariscales y Generales, a la cabeza de los cuales figuraba el general Moskalenko y el Mariscal Zhukov).

"Tan pronto como Malenkov abrió la sesión, dijo: Vamos a discutir asuntos del Partido. Como estaba previsto, pedí la palabra y propuse que se discutiese la cuestión de Beria. Estaba sentado a mi derecha. Se sobresaltó, me cogió una mano, me miró con expresión asustada y dijo: ¿Qué pasa, Nikita? ¿Qué estás tramando?". Aquí Kruschef pormenoriza todos los cargos que le hizo, (los que no copio, porque aunque verdaderos, fueron esos como pudieron ser otros). Los demás, por turno, repitieron los cargos. Kruschef pidió la destitución, que fue aprobada. Malenkov ordenó su inmediata detención. Once generales y mariscales, se precipitaron en el recinto del Presidium del Consejo de Ministros, encañonando a Beria, que en un movimiento reflejo, por alcanzar su sombrero, hizo creer que iba a empuñar un cañón. "Manos arriba!" ordenó Zhukov a Beria. "Beria fue puesto bajo la vigilancia de una guardia armada". (Esto ocurrió en junio del 53). Hasta aquí ha habido el premier Nikita Kruschef.

A la historia le agregaremos el final:

En diciembre del 53, Beria compareció ante un tribunal compuesto de cinco mariscales, bajo la presidencia de Bulganin. Por unanimidad, fue condenado a muerte. En uno de los patios del Kremlin, en diciembre del 53, acompañado de sus adjuntos condenados por otro tribunal, presidido por el Mariscal Koniev, fueron ejecutados, Beria, Dekanozov, Merkulov, Metchik y Volodzimerski. Se deportaron 3.500 funcionarios. Fueron ejecutados además Abba-kumov y Baguirov. La "purga" alcanzó hasta el 63. Por primera vez el término de "purga" tenía un sentido ajustado, aunque bárbaro.

La realidad, vista como un espectáculo vivo, del asesinato de Leo Dad'dovich, a quien llamaban Trotsky; y la sumarsima ejecución de Lauvrentij Beria, contada por el Premier, jefe del Gobierno, releva a todo comentarista de pruebas para demostrar los métodos que usaron y siguen usando, desde el siglo XVI hasta el XX, los detectores del poder absoluto en la Santa Rusia, país de colinas, nieves, estepas, corceles, balalaikas, novelistas, poetas, labradores, "popes", Cristos, genios, y ánforas de carne, fugaces como cisnes, que bailan sobre tablados y bajo chorros de luz, lindas y añorantes melodías con la rica orquestación de Tchaykosky, en una de las más finas, etéreas y embriagantes creaciones del género humano.

¡Arte y Muerte! — ¡Muerte y Arte!

Parece una balada reiterativa, en la viola de amor, refractada por el espejo del lago donde van a danzar los cisnes.

El estallido de la tormenta revolucionaria, oculta y dolientemente, ha sido recogida en el pentagrama de un músico, al que llaman Igor, largo y delgado como una "adagio" de Beethoven. Es una música rota, desolada, como quien quiebra esqueletos en la hora tercia. Estertor y orgasmo, lejanía y retorno; pareciera que han vuelto las bestias de la Creación a galopar sobre el cataclismo del Génesis. Es la revolución: "¡Arte y Muerte! ¡Muerte y Arte!". Una sombra se baja sobre los árboles enanos de la Europa atónita. Es un nuevo Sinaí, o un extraño Apocalipsis. Desde lejos, la nieve siempre es blanca, interminable, larga, hasta morderse el rabo, como en el principio. Sobre ella no hay nada más que huellas paralelas de serafines que vinieron de iglesias de Bizancio, y de manadas de lobos con hambre, que bajaron también de las colinas tiernas, endulzadas por el crepúsculo.

Próximo: último capítulo